



FE



El canasto de fruta está siendo un incordio. Me impide moverme todo lo rápido que quisiera. El muchacho dice que tiene una herida profunda. Espero poder ayudarlo.

Al fin, se divisa el establo. Bendito sea el Señor por ese momento en el que pudimos reubicar a esos caballos para poder atender a la población enferma. Cruzo la mirada con Mateo, siempre me acompaña a las mañanas de mercado. Sabe bien que la miseria y la enfermedad están pudiendo con ellos. Asentimos a la vez y apremiamos el paso. Veremos qué encontramos cuando llegue.

- ¡Abadesa Lakshmi! - La joven lleva un mandil ensangrentado, y sus manos lucen igual. Acelero aún más el paso. No puedo correr más, o se verterá la mercancía. Llego a la altura de Rocío. La joven tiene talento, pero parece que no la suficiente experiencia en este momento. Le paso la cesta.

- Dime, hermana, ¿qué tenemos? - Me lavo las manos apresuradamente con el agua del abrevadero de la entrada. El crío, que ha podido aguantar el paso desde que pudo encontrarnos, me tiende un trozo de tela para poder secarme y colocarlo a modo de delantal.

- Parece una puñalada. No ha querido contarnos nada. Pero bien sabe Dios que sus hijos tienen hambre, y él no podía darles nada. - Me dice desde detrás. Puedo escuchar como también se lava rápidamente. Ha debido dejar la canasta en la puerta.

Me santiguo ante la estancia antes de entrar. Él me ayudará y me guiará en el camino correcto. El hombre yace sobre una tela, encima de una mesa, con el torso completamente descubierto. La sangre emana de su vientre. Parece una herida pequeña para la cantidad de sangre que hay. Rocío se apresura a ir antes que yo. Se acerca al hombre y le voltea ligeramente. Esa herida sí es más grande: le han atravesado de lado a lado.

- No es la primera que veis así, os he asistido en alguna de ellas. - Caliento la aguja curva con las tenazas en el fuego sin prestarle demasiada atención. He escuchado

ya demasiadas veces su retahíla, pero razón no le falta - y ya sabéis de quién proviene. ¿Hasta cuándo hemos de soportar su vileza? ¿Cuál es el límite de lo tolerable para que se actúe?

- Dios nos mandará su señal. Cuando llegue el momento, lo sabremos. Él está de nuestro lado, nos cuida y nos protege. Ten fe, hermana, pues es nuestra mejor armadura. - Le sonrío, levemente, para recobrar la concentración. No recuerdo dónde guardé el hilo, el que aquél extraño me enseñó a utilizar... La alforja de la ventana, sí. Es negro, muy suave pero muy resistente. Enebro la aguja. Sus palabras resuenan en mi cabeza: doble nudo para las heridas grandes. El hombre está en estado de semiinconsciencia. Le hago señas a Rocío para que le sujete a la mesa, aunque sé que no se moverá.

Clavo la aguja en su carne.

Señor, alivia su dolor e inflígelos sobre tu sierva.

Sé que sólo Él me escucha. Mi mente lo está gritando. Doble nudo. Siguiente puntada. Doble nudo.

Está de mi lado hoy. Este hombre vivirá. Noto la sangre caliente brotar y deslizarse por mi costado. Siguiente puntada. Doble nudo.

Dios, aumenta mi paciencia en la medida que aumentan mis sufrimientos.

Siguiente puntada. Doble nudo.

- ¿Abadesa? - Miro hacia Rocío, que me mira con fascinación. Sus ojos marrones me miran muy abiertos. Brillan sobre su rostro sudoroso. Le sonrío. He perdido la noción del tiempo. No sé cuántos nudos he hecho, y llevo un rato largo mirando la sutura, pero la herida está completamente cerrada. Mi costado palpita ardentemente.

- Está listo. Cuando despierte, dádle sopas calientes. - Voy limpiando mis manos en el mandil - En cuanto pueda comer, reservadle la mejor pieza de carne. - El rojo tiñe mis uñas. Doy gracias a Dios por la fuerza y la templanza que me otorga para sus cometidos. Desato la tela de mi cintura y la cuelgo junto a la alforja. - Gracias por tu ayuda, Rocío. Como siempre, bien avenida.

El canasto de fruta. Las peras, naranjas y manzanas para los muchachos. Lavo mis manos de nuevo en el abrevadero. Tengo que llevarlo al orfanato. Alguno está resfriado y le hará sentir mejor un dulce.

Se oye jaleo fuera. Mateo no es orco que se altere con poco, pero parece discutir con alguien. Espero que sea algún ciudadano esperando su ración. Es cierto que llevamos un día y medio de retraso, pero estamos agotando nuestras propias raciones porque los más pequeños puedan comer.

Mis dudas se disipan. Dos soldados aresitas discuten fervientemente contra un Mateo impasible.

- Eso que hacéis se llama robar, y sabemos lo que Dios hace a los ladrones, y más aún cuando es para unos niños necesitados. - Dos soldados más se retiran con el canasto de fruta y la gavilla que habíamos adquirido por la mañana. La tarde está más que avanzada. Uno de los soldados frente a Mateo escupe en el suelo.

- ¡Qué sabrás tú sobre nada, sucio orco! ¡Ningún dios tuyo tiene cabida aquí! - La sorna suena en sus palabras. Me acerco a Mateo y le pongo la mano sobre su hombro.

- Dios no ha querido para nosotros ese canasto, hermano. En el mercado de la semana que viene podremos obtener más. - Noto como su tensión es elevada. El vaho rezuma por su piel.

un sonido de pelea. Los dos soldados que se alejaban han sido abordados antes de poder salir. Media docena de refugiados. Demasiados gritos para entender nada. Escucho la cesta caer. Un grito. Corro hacia el tumulto. La herida de mi costado palpita. Dios lo quiere. El sonido del acero al desenfundar es tan característico.

A este no podré salvarle. Más pasos. Más soldados. Siento a Mateo a mi lado. Sé que él siempre va preparado para todo. El Señor me bendijo con su amistad y su lealtad para que pueda hacer lo que tengo que hacer. Lo que tenemos que hacer.

Siento que no estoy sola. Mateo, Dios y Ella están conmigo.

Más soldados aresitas, y cada vez más de nuestros refugiados. Los novicios más cercanos desenfundan para ayudarlos. Huele a sangre. Intento sacar a una mujer

de la multitud. Lleva un niño ensangrentado en brazos. Mateo coge al muchacho y podemos sacarlos de allí.

Miro mis manos, de nuevo llenas de sangre.

"Mira arriba" me dice Ella.

Mientras bajo las manos, hago lo que me dice.

Kaedian.

"El fin de una era"



ଶୁଭକ୍ଷେତ୍ର



os últimos rayos de sol se colaban por las troneras y vidrieras de la recientemente construida fortaleza-monasterio. Esta impresionante edificación destaca tanto en construcción como en arquitectura con el resto de edificios de la orgullosa capital Aresita.

En ese momento, en ese lugar, en la sala de capitania, como cada tarde, atendía las diversas peticiones de logística y suministro para abastecer a los refugiados que habíamos acogido semanas atrás. Rodeado de pergaminos y ordenes, firmaba y redactaba misivas para este tan aciago menester, pues la comida no abundaba precisamente y las pobres almas que acogíamos empezaban a sufrir en sus mentes la derrota causada por el hambre. El crepitar de las pequeñas llamas de los candiles y las antorchas, amenizaban y acompañaban las horas de trabajo, rompiendo el silencio sepulcral de la estancia. La apertura del portón de la sala me sobresaltó. Desperté del mundo de datos, tinta y papiro para enfrentarme a la sombra de la pesadilla que se cernía sobre nosotros en ese instante, una de las peores: la corrupción del hombre. Como ha pasado en muchos capítulos de la historia de la humanidad, las pequeñas empresas, los pequeños reinos, que crecen muy rápido y sin control, son víctimas de su propio poder, orgullo y arrogancia y Ares iba a demostrar esta teoría como otros muchos lo hicieron antes.

Los pesados pasos del custodio Arangvald, acorazado y con el equipo de combate listo resonaron en toda la estancia.

- ¡Nos atacan Kaedian! – Alzó la voz, rompiendo la tranquilidad del ambiente.

Con las mismas me acerqué al ventanal próximo y pude otear lo que pasaba en esos momentos en las puertas de la fortaleza.

una turba de refugiados se agolpaba contra las puertas, mientras los soldados Aresitas los reducían y masacraban sin apenas opción de defensa. Allí mismo en medio de esa lucha podían verse también algunos novicios vendiendo caras sus vidas y protegiendo a alguien. Afinando más la vista pude atisbar la figura que con las manos abiertas miraba directamente hacia mi dirección. Cuando crucé la mirada, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y antes de poder darme cuenta, una lagrima de sangre brotó de mi ojo y se deslizó por mi rostro hasta caer al suelo. Ella nos mandó un mensaje, un presagio de muerte.

- ¡Arangvald, protege el libro y las reliquias! ¡Prepara la salida por la poterna y reúnete con el resto en el patio! – Ordené al custodio, el cual sin vacilación salió a toda prisa de la estancia a realizar su misión.

Tras dejar la sala de la capitania, me adentre en los oscuros corredores de la fortaleza. Mientras caminaba se me unió Santiago, el veterano inquisidor, que se colocaba unos guantes de cuero gastados por el uso del combate y de su oficio.

- Parece que al final nuestros "Aliados" muestran su verdadera naturaleza. Era cuestión de tiempo. – Dijo Santiago con su ácida sonrisa que le caracteriza.

Ni siquiera contesté. En mi cabeza nacieron variables, preguntas y se llenó de datos que deberían de ayudar a tener una solución favorable para el siguiente encuentro. No quitando además la razón de las sabias palabras de "Apóstol".

Apresuramos el paso, más novicios y ordenados se nos unieron bajo el umbral y la tenue luz de las antorchas, hasta que alcanzamos el patio.

El patio rebosaba de actividad, el sonido de las pesadas botas de la infantería pesada entonaba las primeras notas en esta sinfonía de muerte llamada guerra. El preludio de la sangre derramada aguardaba tras ese gran pórtico. Una vez más, actuaríamos como guías, como guardianes protectores de las pobres almas que se encomendaron a nosotros en sus momentos más bajos.

- ¡Formación de combate! ¡Preparad el acero! – Grité a pleno pulmón.

Los novicios y ordenados cerraron filas formando un muro de acero y fe frente a la puerta.

- ¡Abrid el portón!

Los encargados de la puerta actuaron sin titubear y, con un ruido sordo y metálico, portón y rastrillo quedaron abiertos.

La turba de refugiados atravesó la estancia corriendo para ponerse a cubierto tras sus protectores. Tras ellos Lashkmi caminaba serena con los brazos extendidos hacia la línea de escudos. Sus ojos lloraban sangre y también manaba de las heridas producidas por su corona espinada. Su especial penitencia le estaba llevando al límite. A su lado Mateo, hacía gala de sus más fieras habilidades acabando con la vida de cualquier soldado aresita que osaba acercarse sin permiso a la abadesa. Su maza estaba lejos de estar ociosa.

Cuando llegaron a la línea, Laskhmi giró y encaró de nuevo su fúnebre mirada hacia los enemigos de la cruz torcida. Muchos de ellos de ellos se dieron cuenta en ese preciso instante de que su día había llegado y de que tocaba rendir cuentas con el de arriba.

El sonido de las campanas retumbó y resonó por toda la fortaleza. Eivaniel, como siempre, había hecho sus deberes y nos regalaba la triste canción de la vida y muerte. Las campanas negras volverían a sonar una vez más en Isca. ¿Pues no es la batalla la mejor

liturgia? Los oficios y enseñanzas del capellán daban vuelta en su cabeza al son de las campanas fúnebres.

Otras palabras atravesaron con fuerza mi interior y apostaría que en la de todos los allí presentes: "El árbol de la redención ha de regarse con sangre, la de Cristo, sus mártires y la de sus enemigos".

Sin mediarlo, sin hablarlo, nos lanzamos a la carga, una carga silenciosa, ahogada en fe y furia. Con una ejecución fuerte y equilibrada, el Sargento Tencio lideraba el flanco derecho junto a Shinoberto e Itamico, demostrando la valía y fortaleza característica de los Alto Torote. Arcángel el armero, asestaba tajos con su mano y media a la par que aplastaba el cráneo de algún iluso que se ponía a alcance de su almádena. Leonardo el escriba, sin embargo, le apoyaba con su hoja normanda, equilibrada y veloz cortaba la garganta del que optase por hacer frente a su compañero.

Al rato una segunda carga con Arrangvald y Eivaniel a la cabeza, terminó de empujar fuera de la fortaleza a los desmoralizados enemigos: el que no huía a la desesperada se intentaba resistir con fatídico resultado y yaciendo junto a los suyos uniéndose en un mar sangriento. El choque sordo del escudo del custodio al golpear a su primera víctima hizo gritar de pánico a los maltrechos soldados que al final quedaron ahogados tras los cortes causados por el mandoble del capellán.

Se bloqueó y se cerró el portón. El segundo asalto sería más duro, eso si se atreviesen a cruzar y tuviesen agallas para enfrentarse a su destino y no optasen por matarnos de hambre en un largo y estúpido asedio. Así que se decidió atender a los heridos y escapar por la poterna. Con todo listo, abandonamos la piedra, el sueño y el sudor de cada hermano que allí moró. La noche nos envolvió y pasamos desapercibidos hasta llegar a las carretas y caballos que escondidos en el bosque cercano. Un último vistazo hacia el lugar me hizo anhelar esa creencia utópica de la bondad del corazón humano y estas acciones no refuerzan sino la absurda de la misma. También, recordé con gran regocijo la antigua frase de... "El que juega con fuego se quema" y eso es lo que Ares encontró al irrumpir en la fortaleza. Una trampa de brea y fuego que consumiría a esa oleada de asaltantes y dejaría prácticamente inservible toda la fortaleza-monasterio. Nuestro éxodo final hasta nuestra nueva tierra en Naxara, pasó sin problema alguno salvo por la dureza del camino y la atención de los heridos. Ningún ordenado y ningún novicio sucumbió ese día, vivirían para luchar otra vez y su brazo siempre se mantendrá fuerte.



RAZÓN



lealtad, honor... palabras que se utilizan de manera arbitraria y que han perdido su significado en gran parte.

Ha sido toda una vida de luchas y combates, defendiendo a un dios que no era el mío junto a los hombres del norte o respirando arena árida y caliente con mis hermanos... En todas ellas siempre primaron esas palabras: Lealtad... Honor... Puede que no exista un medio más puro para el hombre de dignificarlas que en el fragor de la batalla y dependiendo de la diestra mano de quien junto a ti lucha, más allá de creencias o dogmas, lejos de ideas políticas ante la gran igualadora que es la certeza de la muerte.

Eso he pensado siempre y es como he vivido... Es lo que podría esculpir en piedra para siempre, como una verdad casi absoluta para generaciones venideras... Casi... La traición, aunque ni siquiera podría calificarse así, ya que sería dotarla de una categoría que no posee, perpetrada por la gente de este supuesto reino de mercenarios que no llegan más allá de mercachifles, es despreciable.

Deshonrar la sangre vertida en combate defendiendo esas fronteras y a sus gentes por nada... Intentar destruir un legado justo y ecuaníme por el mero egoísmo e ignorancia... Jugar con las vidas de hombres y mujeres talentosos por el simple y mero hecho de atesorar una mal llamada reputación... Es de lejos el mayor pecado que se puede cometer con hermanos de batalla, la falsedad y engaño por parte de aquellos que rigen es proporcional a su mezquindad y la suciedad ponzoñosa de sus almas...

Dos verdades quedarán aquí escritas. La primera de ellas es nuestra observancia al credo más básico y sus siete virtudes, que rigen los principios de todo aquel digno de ser llamado caballero: fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza.

Fe necesaria para entender las cosas invisibles. La **esperanza** puesta en el poder de Dios y no en las armas portadas o armadura vestida. **Caridad** que es amor y sin él no seríamos más que seres crueles y nada piadosos. **Justicia** para no ser injurioso ni ofendedor. **Prudencia** para no sufrir daños físicos, morales o espirituales. **Fortaleza** para no caer en la soberbia, la ira, la codicia o la gula ya que eso solo generará flaquezas. **Templanza**, ya que sin ella no se tendría medida en el beber, comer, hablar o vestir y así no se honra la senda escogida.

Esto es lo que nos guía a todos y nos mueve de manera tan clara y verdadera como que a su vez estamos aquí por no haber cumplido con ello de en su forma más correcta. Son

nuestras dos verdades, cara y cruz de una misma moneda que todos conformamos unidos como uno solo en la Leva XIII... Y esa es la segunda verdad, indiscutible y autentica.

Por estas dos verdades de las que todos somos partícipes y portadores es por lo que puedo prometer que tal afrenta no quedará ni libre ni impune y que pondré el más alto empeño en subsanarla como caballero que fui y actual Inquisidor de la Leva de expiación XIII: Santiago Villalobos "Apóstol".

Febrero del año 180 D.C.



*Kaedrian Lophson. Triunfo de la XIII Leva Corculum
defendiendo la fortaleza-monasterio ante el ataque de los soldados aresitas*